

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

LAS AGUILAS
y su empleo en la cetrería

DISCURSO

LEÍDO POR EL ACADÉMICO NUMERARIO

EXCMO. SR. DUQUE DE MEDINACELI

EL DÍA 15 DE NOVIEMBRE DE 1944
EN LA SOLEMNE SESIÓN INAUGURAL DEL CURSO DE 1944-45



MADRID

S. AGUIRRE, IMPRESOR

General Alvarez de Castro, 40. Teléf. 30366

1944

Desde hace mucho tiempo he tenido una especial predilección por el estudio de la ornitología y esto ha contribuido a hacer más, mucho más, interesantes mis actividades cinegéticas, pues al placer de cobrar piezas de caza y apuntármelas en mi cuaderno venatorio añado la satisfacción de adquirir nuevas especies para mi colección de aves.

Sin embargo, entre todas ellas, las que más me llamaron la atención fueron las rapaces. Varios motivos me indujeron a mostrar esta marcada preferencia, pero el que más influyó fué la misma dificultad de su caza y la diversidad de estratagemas y de ardides que hay que poner en práctica para apoderarse de tan astutos volátiles. A pesar de todo, he de reconocer que mis esfuerzos se vieron coronados por el éxito, pues en la actualidad, aparte el pigargo pescador (*Haliaeetus albicilla*), tengo en mi museo de aficionado todas las especies de aves de rapiña de España. Más de treinta años de esfuerzos perseverantes y de paciencia, casi ilimitada, han sido necesarios para llegar a este resultado, tanto más halagüeño cuanto mayores los obstáculos que se interpusieron en mi camino.

Cuando en el año 1927 tuve el honor de leer mi discurso de ingreso en esta Real Academia, al que contestó el nunca bastante llorado Doctor Carracido (q. e. p. d.), escogí como tema “Las aves de rapiña en la cetrería”, estudio esquemático y muy condensado de este noble arte, pero me fué imposible ni aun siquiera apuntar todo cuanto a tan interesante asunto se refiere, pues hubiera sido abusar de la paciencia de mi docto auditorio.

Por esto me limité a explicar, de un modo sucinto, la caza con halcones y azores, dejándome “en el tintero”, como suele decirse, el hablar de las águilas como tales aves de cetrería, con lo cual quedaba la tesis incompleta, pues aunque el empleo de estas grandes rapaces fué menos frecuente en Europa, no por ello dejan de ser merecedoras de que se las mencione, aunque sólo sea someramente. Esto fué lo que me decidió a desarrollar este tema en la presente ocasión al tener de nuevo el honor de dirigiros la palabra.

Así, pues, mi disertación se dividirá en dos partes: primera, breve descripción de las águilas de Europa, y segunda, su empleo en la cetrería.

De todas las aves de rapiña diurnas, las más interesantes, si no por su tamaño, siempre inferior al de los buitres y quebrantahuesos, por lo menos en lo que se relaciona con sus costumbres y su aspecto físico, son las águilas.

Todas ellas se alimentan, por lo general, de presas que ellas mismas capturan, y son, por lo tanto, unas cazadoras extraordinarias, mucho más perjudiciales para los cotos que todos los furtivos del mundo, pues ejercen lo que llamaríamos su “profesión” a diario para proveer a su alimentación, lo que no le ocurre siempre a sus competidores humanos.

Existen en nuestro país cinco especies de águilas, a saber: la real o dorada (*Aquila chrysaetos*), la imperial (*Aquila imperialis*), la perdicera (*Aquila fasciata* o *Bonelli*), la moteada (*Aquila noevia*) y la enana o calzada (*Aquila pennata*).

Todas ellas son águilas propiamente dichas, que se caracterizan por tener las patas totalmente cubiertas de plumas hasta el mismo nacimiento de los dedos, lo que no ocurre a las demás rapaces diurnas, incluyendo al águila pescadora o pigargo, ave hermosísima, que sobrepasa en tamaño a la real o dorada, y de la que hablaremos después.

La envergadura de las águilas oscila entre 2,25 metros en el águila real y 1,20 metros en la enana o calzada, siendo esta última una preciosa reproducción en miniatura de sus congéneres mayores.

El que quiera apoderarse de estos volátiles, bien sea con miras científicas o simplemente deportivas, empleando la escopeta, tropezará con grandes dificultades, pues, dada la astucia de estas aves y su gran capacidad de vista, difícilmente logrará ponerse a tiro. Únicamente se puede tener alguna probabilidad de éxito desde una choza construída al efecto y empleando como cimbel un buho o gran duque vivo o disecado. De este medio me he valido para obtener los ejemplares que poseo en mi colección. Lo mismo los cepos que el veneno suelen dar resultados bastante satisfactorios, pero el último no es recomendable por encerrar su empleo grandes peligros.

Las águilas viven a las mil maravillas en cautiverio, siempre que se las alimente bien, pues su voracidad es muy grande, y buena prueba de ello es que, según cuenta el célebre zoólogo austríaco Leopoldo José Fitzinger (1802-1884) en el castillo im-

perial de Viena, donde obedeciendo a una costumbre tradicional de la casa de Hapsburgo se conservaban estas aves rapaces vivas, un águila real o dorada permaneció allí de 1615 a 1719 y otra murió en Shoenbrunn en 1809, después de ochenta años de reclusión.

Y ahora pasemos a examinar cada una de las especies de águilas mencionadas en párrafos anteriores.

El águila real o dorada (*Aquila chrysaetos*) es la mayor de todas, pues mide hasta 2,25 metros de envergadura. Su plumaje es castaño oscuro, el pico azulado en la base y negro en la extremidad, el iris castaño y los dedos y la "cera" amarillos.

Dotada de una gran capacidad de vuelo y una voracidad poco común, ataca a presas relativamente grandes en relación con su tamaño, como, por ejemplo, crías de rebeco y de cabra montés, así como cervatillos y corderos.

Una vez leí en un libro antiguo de caza un episodio que pone de manifiesto la osadía de esta rapaz.

Salieron en cierta ocasión a dar un paseo por el monte "El Pardo" el Rey Felipe II y su esposa, la Reina Doña Ana de Austria, cuando a su gran sorpresa vieron descolgarse de lo alto a un águila que, a su parecer, se abalanzaba sobre una pieza de caza no lejos de donde ellos se encontraban. Mandaron a uno de sus servidores al sitio donde el águila había tomado tierra y resultó que la víctima era un perrillo que tenían en gran estima y que el ave de rapiña estaba devorando tranquilamente, sin importarle para nada la presencia de los soberanos y sus acompañantes.

El águila imperial es algo más pequeña que la anterior, y, su colorido, en lo que se refiere a los individuos adultos, también

se le parece mucho, con la diferencia de presentar un matiz leonado en la parte posterior de la cabeza y unas manchas blancas que ostenta sobre los hombros, lo que ha motivado el que los ingleses le llamen "white shouldered eagle", o sea, águila de hombros blancos.

Los individuos jóvenes son leonados en su conjunto y carecen de las referidas manchas.

Esta águila prefiere para anidar los árboles a las rocas, como lo demuestra el hecho de frecuentar menos que la real los terrenos montañosos, y no es un caso insólito, ni mucho menos, encontrarla en marismas y pantanos, donde persigue a las aves acuáticas.

Siguiendo el orden de tamaño, vienen después el águila perdicera y el águila moteada, que tienen ambas las mismas dimensiones, o sea, alrededor de 1,75 metros de envergadura.

La primera (*Aquila fasciata*, o también *Aquila Bonelli*), por el nombre del ornitólogo italiano que la descubrió, es un gran destructora de caza y se alimenta con preferencia de perdices, liebres y conejos, por lo cual sólo merece que se le persiga con ahinco.

Su plumaje presenta una gran variedad de colorido, según la edad, el sexo, la época del año, etc., pero puede decirse, sin embargo, sin temor a equivocarse, que predomina en ella el color leonado.

Los alemanes la denominan "Habitchts adler", dando a entender con ello su semejanza con el azor (*Astur palumbarius*), tanto por su aspecto exterior como por sus costumbres. Su cola es larga y ostenta en ella unas listas oscuras, lo que le vale el

nombre de “aigle à queue barrée” con el que la designan los franceses. La denominación vulgar española de “águila blanca” se aplica sobre todo al macho adulto por el albo color de su abdomen, que sólo alteran unas rayas de matiz castaño oscuro.

Habita la Europa meridional, el Norte y centro de Africa y se extiende hacia el Este hasta la India. No muy común en Francia, sólo frecuenta la parte Sur de Alemania.

En cuanto al águila moteada (*Aquila noevia*), se parece tanto a la anterior, en aspecto como en dimensiones, que me costó trabajo distinguirla y clasificarla cuando la obtuve en las marismas del Guadalquivir, pues las motas blancas que la caracterizan aparecían en ella muy difusas.

Poco puedo decir de esta especie por propia experiencia, pues sólo logré ese único ejemplar en una cacería de aves acuáticas, hecho que viene a confirmar que esta rapaz frecuenta más que su congénere, el águila perdicera, los terrenos pantanosos y de marisma, donde se alimenta de las aves que los frecuentan, lo cual no obsta para que se la encuentre también en otros sitios. De todos modos no creo sea muy corriente, y el ornitólogo que consigue un ejemplar puede considerarse muy dichoso, por lo menos en lo que a nuestro país se refiere.

Pasemos ahora a hablar de la más pequeña de nuestras águilas, o sea, la calzada (*Aquila pennata*), que con más propiedad puede llamarse enana, pues la caracteriza mejor, dado que todas las águilas propiamente dichas son calzadas y, en cambio, sólo ella se distingue entre todas por sus reducidas dimensiones. Tiene el mismo colorido que el águila imperial joven, pero sus hombros son blancos, como los de la adulta.

Son raros los ejemplares que presentan el color castaño en

el conjunto y la nuca leonada de las imperiales viejas. Yo, sin embargo, tuve la suerte de hacerme con uno en el puerto de Navacerrada (provincia de Madrid) en 1911.

Para resumir, diremos que el águila calzada o enana es una rapaz que mide de 1,15 a 1,20 metros de envergadura. De color leonado en su conjunto, tiene las plumas de las alas oscuras y el abdomen casi blanco o por lo menos muy claro.

Se ve en España en el Centro y en el Sur en primavera y verano y emigra en otoño, como la mayoría de las rapaces, en busca de climas más benignos.

Muy valiente y dotada de gran acometividad, ataca a presas que le son superiores en tamaño. Vive de mamíferos, reptiles y aves, no recurriendo a los insectos más que cuando no encuentra otra cosa mejor.

Hecho este brevísimo estudio de lo que se da en llamar águilas propiamente dichas, o sea, las que tienen las patas cubiertas de pluma hasta el nacimiento de los dedos y los ojos oscuros, procede hablar de los pigargos y de los balbusardos pescadores.

Los primeros, salvo en que no presentan estas características, en nada se diferencian de ellas por su aspecto exterior, como podrá comprobarlo el que tenga la curiosidad de asomarse a un Museo de Historia Natural o jardín zoológico donde existan ejemplares vivos o disecados de todas estas aves.

Hay tres especies principales de pigargos: el pigargo de cola blanca (*Haliaeetus albicilla*), el de cabeza blanca (*Haliaeetus leucocephalus*) y el vocinglero (*Haliaeetus vocifer*).

De éstos, el único netamente europeo es el primero, pues el segundo sólo en raras ocasiones se ha comprobado su presencia en nuestro Continente, y en cuanto al tercero es completamente

exótico, y si lo menciono es por dar algo más de interés a este trabajo y por la circunstancia de haber obtenido hasta un par de ejemplares en mis cacerías en el Africa ecuatorial durante mi juventud. A todos los pigargos se les designa con el nombre vulgar de águilas pescadoras.

El pigargo común (*Haliaeetus albicilla*) es de mayor tamaño y envergadura que el águila real y, además, a la vista parece más poderoso. Tuve una vez ocasión de apreciar esta diferencia en el jardín zoológico de Roma en una inmensa jaula donde se encuentran juntos águilas, buitres, quebrantahuesos y rapaces de diversas especies. Así, pues, su envergadura sobrepasa los 2,25 metros.

Su plumaje es de un gris blancuzco en la cara y gris también, más o menos claro, con matices castaños su colorido general. La cola es blanca, por lo cual los ingleses le denominan "white-tailed eagle", o sea, águila de cola blanca. Los ojos, la "cera" y las patas son amarillos.

Esta descripción se refiere a un individuo ya adulto, pues hasta llegar a ello ofrece un sin fin de matices que, ciertamente, no voy a pasar en revista, pues haría este trabajo demasiado largo y saldría de los límites señalados.

Vive en los acantilados de las costas y también en los bosques cercanos a ríos o grandes lagos, y su alimentación la constituyen, principalmente, los peces y las aves acuáticas, lo que no es obstáculo para que a veces devore animales muertos y hasta carne en putrefacción como los buitres, aunque esto sea mucho menos frecuente.

En algunos sitios, y fuera de la época del celo, pueden verse estas águilas en pequeños grupos hasta que, llegado marzo y

con él el momento de su reproducción, se separan en parejas como la mayoría de las aves.

Construye el pigargo un nido grande en el que nacen, como máximo, tres crías, que no abandonan a sus padres hasta el otoño siguiente.

En cuanto a su extensión geográfica, diremos que esta rapaz es propia de Europa y del Asia Septentrional, habiéndosela visto en ocasiones en América del Norte, en el Estrecho de Davis. Pasa con rumbo Sur por las costas del Canal de la Mancha y del Atlántico en octubre y noviembre y vuelve de nuevo en febrero, cuando se dirige a las regiones septentrionales para anidar. También puede observarse su presencia en las estepas rusas, donde da caza a roedores y aves de distintas especies. Cazadores amigos míos me han contado que en el delta del Danubio es bastante común y persigue a las palmípedas y zancudas que allí tanto abundan.

Pasemos a hablar ahora del pigargo de cabeza blanca, que si bien no puede calificarse de ave europea, pues sólo muy accidentalmente se presenta en nuestras costas, creo, sin embargo, que bien merece se le dediquen unos párrafos, dado que es una de las rapaces más hermosas e interesantes de la Creación.

Durante mucho tiempo se confundió este pigargo de cabeza blanca (*Haliaetus leucocephalus*) con el águila real, o por lo menos con la especie anteriormente descrita. El error, sin duda, obedece al hecho de no tropezar los observadores con individuos adultos, pues de lo contrario todo *quid pro quo* es imposible y sólo los ejemplares jóvenes de cada especie pueden parecerse entre sí, pero jamás a corta distancia, y después de un examen por superficial que éste sea. La mayor longitud de la cola de la que

nos ocupa, comparada con la de la anteriormente descrita, el color claro de sus ojos, así como su plumaje, que presenta unas tonalidades que le son peculiares y exclusivas, son más que suficientes para distinguirlas de las demás rapaces.

En cuanto a los individuos adultos, basta la blancura de su cabeza y cola para que destaquen netamente entre todas las águilas de nuestras latitudes, siendo, por lo tanto, inconfundibles.

Esta hermosísima águila, cuya envergadura alcanza seguramente los 2,30 metros y aun los sobrepasa, pues me atrevo a afirmar que es por lo menos tan grande como el quebrantahuesos, es propia de las regiones templadas y septentrionales de América del Norte y, como creo haber dicho, sólo en raras ocasiones hace su aparición en Europa.

A pesar de mostrar preferencia por los peces, persigue a los mamíferos y aves y aun no desdén los restos de animales cuando el hambre le obliga a ello.

Se encuentra a este pigargo en las orillas de los grandes lagos, las márgenes rocosas de ríos de mucho caudal y los acantilados de las costas oceánicas.

Anida en los árboles elevados, cerca del agua generalmente, y algunas veces en tierra en suelo pantanoso. Cada pareja utiliza todos los años el mismo nido, limitándose únicamente a hacerle unas pequeñas reparaciones. Así, pues, se comprende que ningún continente de nuestro planeta reúna las condiciones de América del Norte para la vida de esta rapaz, lo que explica que se la encuentre en toda su extensión desde Alaska y el Canadá hasta Méjico.

Pasemos ahora a hablar del pigargo vocinglero (*haliaetus vocifer*). Esta rapaz ya no es en absoluto europea, y por lo tanto

jamás se presenta en nuestro continente. Descubierta por el naturalista francés Francisco Le Vaillant (1753-1824) en una de sus expediciones al Africa ecuatorial, puede decirse que se la encuentra en toda la extensión del continente negro.

Cuando al final del año 1908 emprendí mi excursión cinegética al Africa Oriental Inglesa, tenía gran ilusión por ver esa hermosa rapaz, y he de decir que me favoreció la suerte, pues obtuve un ejemplar. Allí habita las cercanías de los ríos Athi Tana, Thyka y las orillas de los lagos Baringo, Naivasha, Rudolph y otros, pues a pesar de que se alimenta de toda clase de mamíferos, muestra también una gran afición por los peces.

El pigargo vocinglero del que ahora se trata (*haliaetus vocifer*), y el de cabeza blanca (*haliaetus leucocephalus*), anteriormente descrito, se parecen; pero, sin embargo, existen diferencias esenciales que los distinguen.

Ambos tienen la cabeza blanca, pero el pigargo de que hablamos ahora presenta además el mismo color en el pecho y abdomen, siendo más oscuro en el lomo, alas y costados que su congénere americano. Coinciden ambas especies en el color de la "cera" del pico, ojos y patas, que son amarillos; pero mientras que el del Nuevo Continente sobrepasa a las águilas reales en envergadura, o sea, que alcanza más de los 2,30 metros, el pigargo vocinglero sólo mide 1,70 ó 1,75 metros, coincidiendo, por lo tanto, en dimensiones con nuestra águila perdicera (*aquila fasciata*).

Además de esto, existe una diferencia esencial, y es la distribución geográfica de estos volátiles, pues mientras el pigargo de cabeza blanca (*haliaetus leucocephalus*) es propio de América, el pigargo vocinglero (*haliaetus vocifer*) es esencialmente africano.

Hay en Europa y América una rapaz que, como el pigargo, se dedica principalmente a la pesca, y es el balbusardo, que también se designa con el nombre de águila pescadora.

La envergadura de este ave oscila entre 1,65 y 1,75 metros, y es de aspecto más fuerte y robusto de lo que a su tamaño corresponde. Oscura por encima, presenta por debajo un color blanco. El pico es corto y fuerte, y las patas, de color azulado, están provistas de aceradas uñas. El plumaje, muy liso y, como el de las aves acuáticas, aceitoso. La longitud de las alas es tal que cuando están plegadas pasan con mucho del extremo de la cola.

Vive, como es natural, dado su régimen alimenticio, en los acantilados de las costas y orillas de los grandes ríos y lagos, y allí también construye su nido.

Se encuentra esta rapaz muy extendida por el mundo, lo mismo en Europa que en Asia, así como también en ciertas regiones de Africa. Algunos naturalistas opinan que los balbusardos de América pueden constituir una especie distinta, aunque es probable se trate sólo de una variedad local.

El tesón, así como la energía y perseverancia que despliegan las águilas pigargos y balbusardos pescadores para perseguir su presa, no dudando en atacar con gran valor a animales que les superan en tamaño, indujeron sin duda a los halconeros de antaño a adiestrarlas para la caza y utilizarlas para el noble arte de la cetrería.

Este arte, pues sólo de arte puede calificarse el conjunto de preceptos encaminados a un fin tan difícil de alcanzar como la doma y reducción a la obediencia de un ave tan salvaje, arisca y feroz como el águila, es originario de Oriente, y fué introducido

en Europa por los cruzados que regresaban de Tierra Santa de redimir del dominio de los infieles los Santos Lugares.

Muchos son los escritores de aquellos remotos tiempos que lo mencionan, entre ellos Mateo Paris, en la primera mitad del siglo XIII, pero quizás el que aborda el tema con una mayor técnica, o sea, acercándose más al punto de vista del halconero, es Guillermo Tardif, profesor del Colegio de Navarra y lector del rey Carlos VIII de Francia (1483-1498), soberano que demostró siempre una gran afición por la cetrería.

Tardif nos ha dejado una obra, *Livre de l'Art de la Fauconnerie*, traducida de otra en latín del Emperador Federico II de Alemania (1194-1250), titulada *De arte venandi cum avibus*, o sea, en castellano, *Del arte de cazar con aves*, y dada a conocer en París en el año 1492, y a la que añadió notas complementarias y observaciones personales.

Esta obra empieza estableciendo que existen tres clases de aves de rapiña que se pueden utilizar en cetrería: el águila, el halcón y el azor. Al indicar que hay diferentes especies de águilas, nos da sus nombres en lengua árabe y siria, lo que denota que sus principales fuentes de información son de procedencia oriental.

Cuando nos dice que la mejor para la caza es la que tiene manchas blancas en la cabeza y espalda, suponemos que se refiere a la que ahora llamamos águila imperial (*aquila imperialis*), y con la que entonces se cazaban liebres, zorros y gacelas. Después hace referencia a unas águilas más pequeñas, que califica "de las estepas", y que, por la descripción que de ellas hace, deben de coincidir en estructura y tamaño con nuestra águila perdicera (*aquila fasciata*).

Nos dice que las águilas salvajes son de tal acometividad, en aquellas inmensas llanuras del Asia Central, que obligan a los halconeros a suprimir las “pihuelas” o correas que llevan los azores en las patas, pues de no tomar esta precaución aquéllas las confunden con presas y acometen a estos últimos para arrebatárselas.

La obra en latín del Emperador Federico II, de la que Tardif sacó la mayor información sobre esta clase de cetrería, procede a su vez de antiguos tratados sobre la materia, escritos en lengua persa y árabe, y que fueron traducidos por el médico y secretario de este soberano. Por lo tanto, en lo que a las águilas adiestradas para la caza se refiere, no cabe dudar que todos los autores que han escrito sobre esta materia han bebido en fuentes orientales de inspiración para adquirir estas nociones.

En el siglo XIII el Khan de Tartaria tenía gran número de halcones y algunas águilas perfectamente enseñadas a cazar lobos en las estepas, como nos lo confirma entre otros el célebre explorador y viajero italiano Marco Polo (1254-1324).

Sir Anthony Shirley, el conocido navegante inglés (1565-1635), en uno de sus relatos sobre sus viajes, nos da cuenta de cómo cazaban con águilas reses cervunas los Emperadores rusos, añadiendo que en cierta ocasión enviaron una de estas rapaces como regalo para la Reina Isabel de Inglaterra, hija, como se sabe, de Enrique VIII y su segunda mujer Ana Bolena.

El historiador inglés Sir John Malcolm (1769-1861) hace mención en sus escritos de la habilidad de los indios y persas para adiestrar águilas para la caza, y Atkinson, en su libro *Exploraciones en la Siberia Oriental y Occidental*, nos describe, con todo detalle, cómo se emplea en aquellas llanuras el águila real

(*aquila chrysaetos*) para apoderarse de ciervos y antílopes. Dice que el águila con la cabeza tapada con un "capirote", como los halcones, se coloca sobre una percha especial adherida al arzón de la silla del caballo. Cuando se ve la caza que se pretende capturar se descubre la cabeza del águila y se la suelta, pero no hay que olvidar que casi siempre es necesario que no participen perros en la persecución de la pieza, pues la rapaz no dejaría de abalanzarse sobre ellos.

Según Latham, el gran ornitólogo inglés (1740-1837) el águila real es bastante corriente en muchas partes de Rusia, añadiendo que en Oremburgo hay anualmente un mercado exposición de estas aves que se venden a buen precio.

Coinciden los autores ya mencionados en alabar las águilas como aves de cetrería, asegurando que si no fuera por su gran tamaño, complicado manejo y las dificultades inherentes a su doma, se hubieran visto con más frecuencia estas aves en manos de halconeros europeos en el curso de la Historia.

Conocedores de estos inconvenientes, los Reyes de Francia Enrique IV, primer soberano de la casa de Borbón, y su hijo Luis XIII, ambos entusiastas del noble arte de la cetrería, jamás las emplearon, y Charles d'Arcussia que en sus crónicas consigna las proezas llevadas a cabo por ambos monarcas con sus halcones nos refiere un episodio que confirma lo que acabamos de hacer constar.

En una ocasión, un hidalgo provenzal capturó y hasta logró amansar un águila, apresurándose a ofrecerla como regalo a su rey y señor, Enrique IV, pero sólo logró provocar la hilaridad del soberano, que le manifestó que aun agradeciéndole mucho su atención, pensaba que era una locura soñar en adiestrar a se-

mejante volátil para la caza, exponiéndole los inconvenientes que presentaba tal empresa.

No se tiene noticia de que por aquella época se utilizaran en Inglaterra águilas con estos fines. Sin embargo, más tarde, hacia mediados del siglo xix, el Capitán Green, que vivía en Buckden, en el condado de Huntingdonshire, parece ser que tuvo una de estas rapaces, a la que enseñó a cazar liebres y conejos; pero su difícil manejo y los inconvenientes propios de esta clase de aves fueron causa de que su propietario la desechara.

Hacia el año 1880, un francés, Monsieur Benoit Maichin, hizo un viaje al Turkestán (Asia Central) en compañía de un amigo con el objeto de adquirir unos caballos de aquel país. Por una circunstancia fortuita se le presentó la ocasión de ver a unos halconeros kirguises cazando liebres y zorros con águilas adiestradas al efecto, y apesar de no haber nunca asistido a un espectáculo parecido, y ser por lo tanto completamente profano en la materia, quedó de tal manera encantado con lo que había visto, que ya no tuvo más idea que hacerse con una de estas rapaces para llevársela a Francia y causar con ella la admiración de sus amigos. No fué la cosa tan fácil, pues ninguno de aquellos cazadores indígenas quería desprenderse de su águila que tan buenos servicios le prestaba, y que sólo a costa de grandes esfuerzos había logrado adiestrar, como nos ocurriría a nosotros, en caso análogo, con un buen perro de caza o un excelente reclamo de perdiz.

Pasó el tiempo, y firme en sus propósitos Monsieur Maichin logró lo que deseaba al acceder un cazador kirguiz a cambiar su águila por una escopeta de caza, valorada entonces en 40 libras esterlinas.

Sin la menor noción sobre cetrería, e ignorando por consi-

guiente en absoluto el manejo de estas rapaces, juzgó prudente llevarse consigo a Europa un servidor kirguiz que se ocupara del águila, y así lo hizo.

Una vez en su patria, causó la admiración de todo el mundo con las proezas del ave, que cazaba de un modo maravilloso. Parece se trataba de un águila imperial joven.

Al no apreciar en su justo valor su importante adquisición, el señor Maichin, en quien no bullía lo que pudiéramos llamar el fuego sagrado del deporte, y que si compró la rapaz fué más por hacer efecto a sus amigos y compatriotas que por verdadera afición, se cansó de ella. El servidor asiático volvió a su tierra natal, a la que tenía grandes deseos de retornar, y el águila fué a parar a manos de uno de los mejores halconeros franceses del siglo XIX, Monsieur Paul Gervais, que con su habitual maestría realizó con ella verdaderas proezas, captutando algunos zorros y gran cantidad de liebres y conejos, pues sólo la utilizaba para la caza de "pelo".

Monsieur Edmond Barrachin, contemporáneo de Monsieur Gervais, y como él excelente aficionado a la cetrería, tuvo también dos águilas perdiceras (*aquila fasciata*), una de las cuales estaba adiestrada a cazar conejos, y le prestaba para ello muy buenos servicios.

Los rusos emplearon las águilas con más frecuencia que los halconeros de la Europa Occidental, y se las procuraban comprándolas a los kirguises y baschyrs del Asia Central o cambiándoselas por animales domésticos, armas u otros objetos.

Estos pueblos se servían, y hasta posiblemente se sirven en la actualidad, de diversas especies de águilas además de la real, la imperial y la perdicera descritas al principio de este trabajo. En-

tre ellas figura el *aquila nobilis*, que en su idioma llaman “berkut”, así como otras varias especies peculiares de aquellas regiones.

Vamos ahora a decir algo sobre el empleo en la cetrería de las águilas marinas (*haliaetus albicilla*) y los balbusardos pescadores (*pandion haliaetus*), especies que a continuación de las águilas propiamente dichas hemos descrito en la primera parte de este trabajo. Con los pocos datos que sobre el particular he podido recoger abordaré, pues, este tema con toda la brevedad posible.

Remontándonos al siglo XIII en nuestras averiguaciones, y en una crónica de Mateo Paris (autor ya mencionado anteriormente), leemos que un muchacho al servicio del Obispo de Londres logró amaestrar un águila marina para capturar con ella sarcetas, que como se sabe pertenecen a la más pequeña de las especies de patos salvajes.

Nosotros, sin embargo, nos permitimos creer que se trate no de un águila marina, sino de un balbusardo pescador, cosa mucho más verosímil por su menor tamaño y por consiguiente más fácil manejo.

La duda que tenemos sobre el empleo del águila marina o pigargo para la cetrería no existe con referencia al balbusardo pescador, y se puede afirmar que en un tiempo se adiestró en Inglaterra para pescar con él.

Buena prueba de ello es que el Rey Jacobo I de Inglaterra (1566-1625) mantenía allá por el año 1618, en unos edificios construidos al efecto en Westminster a orillas del Támesis y juntamente con cormoranes y nutrias, algunos balbusardos pescadores. Sin embargo, no estamos seguros de que se emplearan ex-

clusivamente para la pesca estos últimos, siendo muy posible se sirvieran de ellos también para la caza de aves acuáticas, como sarcetas, patos, gallinetas de agua y otros volátiles.

Sabemos además que más tarde el Rey Guillermo III (1650-1702) promulgó un decreto que prohibía en cierta época del año, y de un modo absoluto, la pesca del salmón con aves de rapiña. El mero hecho de mencionarlo es indicio evidente de que ese deporte se practicaba entonces.

Son los balbusardos pescadores aves muy difíciles de adiestrar, pero los halconeros de aquellos tiempos fueron sin duda unos especialistas en la materia, venciendo todos los obstáculos, de los que no es el menor el hecho de que estas rapaces soporten mal el cautiverio, por lo que muy rara vez se las ve en los jardines zoológicos, como por mí mismo he podido comprobar.

Una vez descritas someramente las distintas especies, y después de haber hablado de su utilización para la caza, pongo punto final a mi trabajo, pues aun comprendiendo que se podía decir mucho más sobre tan interesante tema, no quiero en modo alguno cansar vuestra atención, agradeciendo a todos, de corazón, el interés con que me han escuchado.

He dicho.